

¿Veis al católico, señores, no retroceder ni aun delante de la soberanía del pueblo, si en el corazón del pueblo tiene su asiento la justicia?

Tal es Ballanche : melancólico, piadoso, y sin embargo, libre: Ballanche es una lira armoniosa cuyas suavísimas vibraciones son el eco mitigado, dulce, plañidor y melodioso del infortunado Vico; cándida y pura su alma, se pierde como un blando perfume por las regiones etéreas; y su imaginación colora al porvenir con tintas suaves y apacibles. Lástima, se dirá, que esas regiones sean sueños, y esas tintas ilusiones : pero destruid las ilusiones, y todo lo demás es ilusión; destruid los sueños, y todo lo demás es sueño.

Y ved, señores, cómo el germen de la libertad y el principio de la soberanía de la justicia y de la inteligencia fecundan siempre el seno de todos los sistemas filosóficos : y así debía ser : porque la libertad, la justicia y la inteligencia son una misma cosa. Yo reconozco siempre en el hombre sabio el varón justo, y en el hombre justo una alma libre; como presumo en el alma de un hombre corrompido, el alma de un imbecil esclavo, ó de un sangriento demagogo (1).

(1) Innecesario parece encarecer la importancia de esta lección, donde Donoso formula, mas directamente que en ningún otro de sus escritos, su opinión sobre las escuelas filosóficas contemporáneas. Para comentarla dignamente, cada párrafo exigiría una nota : nosotros, por tanto, remitimos al lector á nuestra noticia biográfica, seguros de que cada cual por sí mismo hará los comentarios convenientes en su lugar oportuno, recordando no sin enternecimiento cuán ilustre discípulo, cuán piadoso maestro ha llegado á ser Donoso, profesando, en sus últimos años con su inteligencia, y lo que es mejor, con su cristiana vida, en esa misma escuela católica, á la cual en 1837 saludaba como á UN PODER CAÍDO, Y COMO Á UNA GRAN RUINA.

Nota del editor.

LECCION DÉCIMA.

21 DE FEBRERO DE 1837.

IMPORTANCIA DE LAS REFORMAS POLÍTICAS.

SEÑORES:

EN la lección del martes último dimos fin al examen detenido de los tres dogmas que han luchado sin treguas hasta nuestros días por el dominio de las sociedades humanas, á saber : el dogma del derecho divino que, ajustando en la frente del hombre el yugo inflexible de la autoridad, ha negado sus fueros á la razón, ha desterrado al ciudadano de la ciudad política, y sofocando la ley de progreso en el seno de la humanidad aletargada, y confundiendo todas las relaciones de los seres entre sí, ha convertido el universo en un vastísimo sepulcro en donde duerme una sociedad inmóvil, compuesta de seres estúpidos y marmóreos, regida por un tirano : el dogma de la soberanía del pueblo que, concitando tormentas convierte á la sociedad en un mar borrascoso, surcado por recios huracanes; convierte

á la civilizacion en una orgía nefanda, en ese festin de la barbarie que se celebra en la oscuridad de la noche y que se termina en la oscuridad del caos: el dogma, en fin, del dominio de los mas inteligentes, dogma que pone un término á todas las reacciones, dogma que es el único que puede hermanarse con la ley de la perfectibilidad y del progreso, porque arranca las sociedades humanas así del marasmo teocrático que entorpece su desarrollo, como de la fiebre popular que las precipita y las devora; así del yugo de la servidumbre, como del abismo de la anarquía; y porque considerando al hombre como un sér inteligente y libre, dotado de derechos y dotado de deberes, asigna su verdadero lugar á ese hijo de la Providencia, despojándolo al mismo tiempo de la arrogante corona de un Dios y de la humilde argolla de un esclavo.

Este exámen nos da por resultado lógico: 1.º Que los dogmas reaccionarios de la soberanía del pueblo y del derecho divino de los reyes, son una misma cosa, considerados en su origen, en su naturaleza y en sus consecuencias sociales. Tienen un mismo origen, porque los dos se fundan en el dogma absurdo de la omnipotencia social. Tienen una misma naturaleza, porque ambos consagran el principio de la obediencia pasiva del súbdito y de la infalibilidad legal del soberano, consagrando así el principio de la servidumbre y el principio de la tiranía. Son idénticos en sus consecuencias sociales, porque ambos conducen á la sociedad á su sepulcro, ó por medio de un espantoso letargo, ó por medio de horribles convulsiones: 2.º Que si el dogma de la omnipotencia social engendra siempre el despotismo, la libertad no puede hermanarse y vivir sino con el dogma de la soberanía limitada: 3.º Que si la soberanía limitada es la única conveniente y la única posible, la cuestion se reduce á averiguar á quiénes deben confiarse las riendas del gobierno, si el gobierno ha de ser tutelar y provechoso para las sociedades humanas: 4.º Que siendo la mision del gobierno conservar á la sociedad por medio de una prevision constante, debe depositarse el gobierno en los mas previsores, en los mas inteligentes: 5.º Que el gobierno de los mas inteligentes debe dar por resultado convertir en una unidad fecunda la ley del individuo, ó lo que es lo mismo, la libertad y la indepen-

dencia del hombre; y la ley de la asociacion, ó lo que es lo mismo, la subordinacion y la armonía, asentando así sobre una base indestructible el poder, y protegiendo el libre y espontáneo desarrollo de la libertad humana.

Tal es, señores, el resultado de nuestras investigaciones sobre los dogmas políticos que han luchado en el tiempo, que se han localizado en el mundo, que han dominado en la historia. En las lecciones que van á seguir, examinaremos el organismo interior del gobierno llamado representativo, que tiene por objeto evitar todos los escollos de los principios reaccionarios, declarándose el heredero de todas las verdades que por exageradas ó incompletas los han hecho infecundos, ó los han precipitado en tristes y lamentables errores. Pero antes de proceder á este exámen, me ha parecido conveniente demostraros hoy su importancia, libre de las exageraciones de los que á fuerza de limitarla la anulan, y de los que á fuerza de extenderla la pervierten y la desnaturalizan.

Si la razon no nos demostrara, señores, que la humanidad es siempre idéntica á sí misma, la historia bastaría para demostrarlo en sus páginas. Una ley providencial preside á su desarrollo en el espacio, y á su desarrollo en los siglos: esta ley es la ley de las reacciones que hace de cada hombre un soldado, que convierte á la humanidad en una reunion inmensa de incansables combatientes, y al mundo que ella habita, en un anchuroso campamento regado con su sudor, y teñido con su sangre. ¡Triste destino, señores, el de las sociedades humanas! Si las despojais de los principios en cuyo nombre combaten, aniquilais el mundo moral, convertís al universo en un vastísimo sepulcro, y las despojais á ellas mismas de su mas espléndida corona; si las dejais entregadas á la merced de los principios, esos principios al inocularse en ellas, se convierten en llama abrasadora, que no pueden apagar todas las lluvias del Cielo. Suprimid la idea del poder y la idea de la libertad: el soberano no existe: el súbdito no existe: la historia no existe: las sociedades no existen. Proclamad el imperio necesario de esas dos grandes ideas: al inocularse en las sociedades humanas, esas dos ideas de salud son dos gérmenes de muerte. El soberano quiere convertirse en señor, el

súbdito en monarca : el primero no concibe el poder sin la servidumbre, ni el segundo la libertad sin la licencia. La idea de la libertad se formula entonces en soberanía del pueblo, y la idea del poder en derecho divino de los reyes : y los reyes y los pueblos como dos ilotas insensatos, ó como dos bacantes furiosas, se entregan á un combate sacrilego. La idea del poder y la idea de la libertad eran hermanas : ¿quién, señores, las convirtió en enemigas? ¿Quién manchó, con el crimen y la sangre, sus túnicas resplandecientes cuando bajaron inmaculadas del Cielo? ¿Quién ha convertido la tierra, ese magnífico Edén, en un sangriento palenque? ¿Quién ha convertido al hombre en un infame fratricida?

No seré yo, señores, el que resuelva estas cuestiones, que espantan á la imaginación y abruman la inteligencia. Ellas son un enigma oscuro, un geroglífico inmenso que no han podido descifrar las generaciones pasadas, que no pueden descifrar las generaciones presentes, y que no descifrarán tampoco las generaciones futuras; porque el sentido oculto que en sí encierran, es el secreto de Dios, y no el secreto del hombre ni el secreto de los siglos. Bastará para mi propósito consignarlas como un hecho que, siendo universal y constante, puede ser elevado á ley de las sociedades humanas.

Y no creáis que estas lúgubres consideraciones sugeridas por el melancólico recuerdo del combate sin treguas á que hemos visto entregada á la humanidad á causa de los dos principios reaccionarios que la han sugetado á su yugo, sean consideraciones ociosas, consideraciones estériles; no señores : son consideraciones útiles, son consideraciones fecundas; porque si hemos puesto un término al examen del principio de absorción y del principio disolvente, poniendo un término al examen del dogma de la soberanía del pueblo y del derecho divino de los reyes; no por eso hemos puesto un fin al examen de todos los principios absolutos, y no por eso dejará de ofrecerse á nuestra vista el espectáculo de nuevas y sangrientas reacciones; porque, y aquí reclamo poderosamente vuestra atención, las reacciones han existido, no porque los reyes hayan reclamado su omnipotencia y los pueblos su soberanía, no : lo contrario es la verdad : los pueblos se han proclamado soberanos, y los reyes se han

proclamado omnipotentes, porque los pueblos y los reyes habían de sujetarse forzosamente á la ley de las reacciones, que es la ley providencial y suprema de las sociedades humanas. Ahora bien : si el gérmen de las reacciones devora como una úlcera el seno de la humanidad, ese gérmen se asimilará forzosamente todos los principios, é imprimiéndoles el sello indeleble de su acción, los transformará siempre en principios divergentes y en principios reaccionarios. Es esto tan cierto, señores, que ni aun los principios armónicos que salen del seno de los principios exclusivos, pueden hacer su aparición en el mundo, sino cuando en las entrañas de la sociedad estremecida se hace sentir la necesidad de una reacción saludable contra todas las reacciones. Solo una reacción, en su origen santa, puede poner el hierro libertador en las manos de las víctimas : ¡felices, señores, si usando con templanza de su legítima victoria no cambian la corona del mártir por la cuchilla del verdugo!

Por eso apenas acabo de combatir los dos principios reaccionarios, que levantando dos opuestos estandartes, dividen á la humanidad en dos bandos enemigos, cuando ya me veo precisado á combatir otras nuevas reacciones, que atajándome el paso, entorpecen mi marcha y retardan mi carrera. Veamos quiénes son los combatientes, y examinemos su dogma.

El espectáculo de las revoluciones políticas y sociales, que componen la trama de la historia, y el de los sacudimientos terribles que han producido en la Europa de nuestros días, ha sido causa de que se desenvuelvan en ella dos creencias igualmente absurdas, porque son igualmente reaccionarias. Hombres hay, señores, tan menguados de entendimiento, tan escasos de vista y tan pobres de inteligencia; tan duros de carácter y tan ardientes de corazón, que confundiendo todo en medio de las sombras que los envuelven, pero creyendo que todo lo ven clara y distintamente, porque confunden en su deplorable ignorancia el astro que dá la luz y que no brilla para ellos, con la llama del fanatismo, que sin alumbrarlos los quema, se presentan en las plazas públicas; y como energúmenos delirantes, ó como empíricos impudentes, se proponen curar las llagas de las sociedades moribundas con la virtud de una fórmula, á la ma-

nera de los mágicos de las pasadas edades, que libraban de los espíritus maléficos á un alma poseida, con la virtud de un conjuro. Para ellos la palabra cuestion no tiene plural; porque nunca ven mas que una cuestion de hecho, y una solucion posible: esa cuestion es siempre una cuestion política, y esa solucion la encuentran siempre en una forma determinada é inflexible de gobierno, que han soñado tal vez en medio de su delirio. Si la guerra convierte los campos en un lago de sangre; si una administracion viciosa seca los manantiales de la prosperidad y las fuentes de la riqueza pública; si la miseria engendra la corrupcion; si la corrupcion destruye todos los vínculos sociales; si el hombre hacina las víctimas, y si la peste las devora, ni la peste, ni el hambre, ni la corrupcion, ni la guerra pueden considerarse sino como causas aparentes del mal íntimo y profundo que postra las fuerzas vitales de la sociedad estremecida. Preguntadles cuáles son las causas verdaderas del gérmen de muerte que ataca sus vísceras y que se desarrolla en sus entrañas: ó por mejor decir, no se lo preguntéis; porque, con una generosidad sin ejemplo entre los poseedores de remedios maravillosos y entre los doctores en ciencias ocultas, ellos publicarán por los cien órganos destinados á la trasmision de las ideas en las sociedades modernas, que la sociedad perece por no haber querido aceptar la forma de gobierno que por su bien la proponian. En vano la historia les ofrecerá en sus páginas notables ejemplos de que la libertad como la servidumbre, y la ventura como el infortunio, pueden desarrollarse bajo una misma forma en el seno de las naciones, y atravesar con un mismo ropage la corriente de los siglos: ellos no tienen la inteligencia de la historia: y los siglos, elocuentes para los demas hombres, pasan silenciosos y mudos para ellos, sin que su entendimiento los abarque, sin que sus labios les pregunten, sin que sus ojos los vean. En cuanto á los acontecimientos contemporáneos y á las catástrofes recientes, lejos de que iluminen su ceguedad y de que disipen su ilusion, alimentando sus pasiones, exacerban su perturbacion mental, los hacen mas ridículos, los hacen mas ilusos, los hacen mas ciegos. Si no se os ocurre ninguna denominacion que sirva para caracterizarlos, yo les daré el nombre de puritanos políticos.

La desgraciada edad en que estos hombres florecen, es la edad de oro de las constituciones políticas. En esto como en todo lo demas, la Francia puede servirnos de leccion y de modelo. Mientras que la fiebre revolucionaria la postró exánime y convulsa en un lecho de dolores, todos los partidos que se sucedieron en el mando y que la acompañaron en su prolongada agonía, la dotaron sucesivamente de varias constituciones inmortales que llegaron á su ocaso sin atravesar su zénit, y que como los rios en la mar fueron á perderse en el imperio. Ahora bien, señores: es un fenómeno no observado hasta ahora por ningun filósofo y por ningun historiador, á lo menos de los que han llegado á mi noticia, y sin embargo muy digno de observarse, porque encierra en su seno consecuencias importantes y fecundas, que las dos asambleas que no obedecieron á una constitucion escrita, es decir, la Constituyente y la Convencional, fueron tambien las únicas que imprimieron el sello indeleble de su accion en la sociedad entera; las únicas que con fuerzas hercúleas decidieron como soberanas su destino; las únicas que decretaron las victorias y dominaron los acontecimientos; las únicas que no abandonaron el timon en medio de aquella deshecha borrasca y de aquella lúgubre tormenta; las únicas, en fin, que fueron grandes, porque hicieron grandes cosas y ejercieron un poder omnímodo y terrible.

Examinada ya la creencia reaccionaria de los que no ven en la sociedad sino el gobierno, ni el gobierno sino en la forma exterior que *frecuentemente es una mentira*, voy á examinar la creencia reaccionaria de los que yo distinguiré con el nombre de escépticos políticos; creencia que es tal vez mas general en la Europa de nuestros dias de lo que piensan algunos poco atentos á los síntomas alarmantes que se desarrollan silenciosos en el corazon de las naciones.

Hombres hay, señores, tan flacos de corazon en presencia de las revoluciones políticas y sociales, tan tibios de fé en la perfectibilidad humana, tan llenos de la idea de la vanidad de todas las ilusiones, que concluyen por suicidarse á sí propios, apagando ellos mismos la antorcha de la esperanza que Dios ha colocado en su

seno, para que sea la luz interior que los guie en el sendero de la vida. Si aplicando á la historia su lúgubre telescopio, quieren recorrer sus páginas, pasan desapercibidas las que conservan en gloriosos caracteres los días de bonanza, de prosperidad y de ventura que han brillado para el mundo, y permanecen inmóviles delante de sus ojos fascinados como aterradores espectros, aquellas que conservan en caracteres de sangre la lúgubre relacion de los grandes crímenes de los reyes, de los grandes escándalos de los pueblos; de los días nefastos para la humanidad, y de *las espantosas* catástrofes que han fatigado la tierra. La humanidad á sus ojos es siempre la presa de un hado inflexible; el hombre una víctima; la libertad una ilusion, y la ventura un fantasma. El universo les parece un sepulcro, y el género humano vive en él como una planta agostada en medio del desierto, ó como su propio corazon en medio del vacío.

Si la sociedad que los sustenta se estremece, porque el despotismo teocrático la abrumba, ó porque sedientos demagogos la fatigan, no los consulteis sobre la reforma de sus instituciones, á todas luces necesaria, si ha de aplicar un calmante al dolor agudo que la aqueja y á la ardiente fiebre que la devora. Ellos creen en sus males como creen en el destino; pero no creerán en la virtud de las reformas políticas, porque les parecen ilusiones.

En las tristísimas épocas en que estos hombres aparecen, si sus doctrinas se propagan, si su desolante escepticismo contagia los ánimos, la llama del entusiasmo se extingue en las sociedades, el fuego sagrado de Vesta se apaga en la humanidad, el género humano siente apenas latir su corazon con ténues y lentas pulsaciones: y el hombre que se mira en medio del Océano sin una estrella amiga que le guie, sin un rayo de esperanza que le sirva de consuelo, se entrega á la merced de los hados, como el piloto que en medio de la tormenta se resigna á morir, abandona el timon, cruza los brazos, arroja una mirada estúpida sobre el mar que para devorarle le aguarda, hasta que llega á naufragar en un áspero bajío.

Las reformas políticas ¿son ilusiones en verdad como los escép-

ticos políticos pretenden, ó son una sublime panacea como los puritanos aseguran? Cuestion es esta, señores, que nos es forzoso resolver antes de examinar el organismo interior del gobierno representativo; porque siempre es bueno apreciar el valor intrínseco y la verdadera importancia de aquello que se examina. Si las formas políticas no son nada, ¿para qué procederíamos al exámen del gobierno representativo que es una forma especial de las instituciones sociales? Y si las formas políticas lo son todo, bueno es saber que al tratar de ellas, de la libertad ó de la servidumbre, de la prosperidad ó del infortunio, de la vida ó de la muerte de las sociedades tratamos.

Cada una de las sociedades humanas, como cada uno de los individuos que las componen, adopta para su vida interior un régimen especial, una marcha diferente: siendo cada una de esas sociedades con respecto á las demas un todo armónico, homogéneo, su régimen, si se le considera respecto al de las otras, debe ser tambien homogéneo y unitario: y como esa unidad y esa armonía no pueden existir sin un centro comun desde donde *se irradie* la actividad social á toda la circunferencia, ninguna sociedad puede concebirse sin él; la juxta-posicion de los individuos nunca podría producir un todo armónico que viviera con una vida propia; y no viviendo con una vida propia, la sociedad no sería un sér, sería un nombre, un agregado. Los gobiernos son esos centros de actividad social; y siéndolo, son tan necesarios como las sociedades mismas.

Ahora bien: el gobierno así considerado no es otra cosa que la accion social: pero si el gobierno es el representante de la sociedad como depositario de su accion, no absorbe sin embargo en su seno la personalidad de los individuos que, gozando de una vida propia, se mueven independientes de su esfera. Los individuos como el gobierno, obran: y obran como séres inteligentes y libres. Hay, pues, dos acciones que coexisten: la accion del gobierno y la accion del hombre: la accion social y la accion del individuo: la accion privada y la accion pública. Veamos su desarrollo.

La accion del gobierno se llama ley: la ley sobre la generali-